

lo individual como parte de lo social, lo mágico y lo misterioso como elementos que conviven en el ser humano moderno, el que no contraponen necesariamente ciencia con fe, razón con intuición, identidad con internacionalización, tolerancia pluralista con una postura ética intransable en los valores hu-

manos fundamentales.

En definitiva, el arte puede demostrar que es posible y necesario no contraponer mecánicamente modernidad con tradición, ni tan siquiera postmodernidad con modernidad, para poder reintegrarnos con nosotros mismos y con nuestra cultura.

EL TEATRO Y LAS UTOPIAS EN REFLEXIONES DESDE LO PSICOANALÍTICO

JAIME COLOMA A.

Psicoanalista

Profesor Escuela Psicología U.C.

Mi condición de psicoanalista me impide considerar exclusivamente el orden de los objetos, sus categorías y clasificaciones; me impide investigar en el campo de lo objetivo y me presiona a entramar a mis formulaciones el referente que se origina en la zona oculta del espejo, en la forma inevitable del trasfondo inconsciente, que proyecta los perfiles nítidos de los objetos y las ideas en sombras que los acompañan constantemente y que hacen vacilar a sus perfiles.

Me inquieta saber si se puede pensar en pensar la vida sin modelos y utopías. Entiendo que a esto se puede responder tanto afirmativa como negativamente. En buena parte depende de cómo se los defina. Las definiciones orientan nuestra manera de vivir, más que lo que estamos acostumbrados a reconocer.

Es corriente que tras el concepto de modelos y utopías, haya una aproximación derivada de disciplinas como la sociología, la historia, la epistemología u otras. Yo no puedo considerar estas palabras desde abordajes que no practico ni conozco suficientemente.

El lenguaje ordena y permite la comunicación. Pero también la mata en el artificio de su articulación. Es por esto que abordo el ámbito de los modelos y utopías según la resonancia que estos temas tienen para mí, lo

cual me permitirá responder a lo que se me pide en este foro sólo con sugerencias, no con respuestas. Las sugerencias permiten que el pensamiento evolucione en cada uno de acuerdo a sus propias resonancias.

Tomaré como reflexión inicial algo dicho por Wilfred Bion, psicoanalista inglés de gran influencia en la corriente de pensamiento que me sustenta. Explícitamente señala que el modelo es algo cercano y lejano a una abstracción, que se apoya en el terreno de lo concreto. El modelo es construido con elementos del pasado del individuo; vincula imágenes que, a menudo, producen el efecto de una narración que implica que algunos elementos en ella sean la causa de otros. La narración ordena la experiencia y la inscribe como alguna forma real o imaginaria del pasado.

Consideraré, en cambio, a la utopía como una abstracción. La utopía es una abstracción porque se perfila como un anhelo, como un ideal; por lo tanto, como algo que, si tiene alguna posibilidad de realizarse, la tiene en un futuro. Es decir que nunca ha tenido esta posibilidad. Bion afirma que la abstracción está impregnada con preconcepciones del futuro del individuo.

En este sentido, las utopías son entendidas como modelos del futuro; son modelos

que describen algo que, como tal, no podemos imaginar. El futuro, en sí, es el vacío, que no aparece así porque lo representamos según el pasado. Desde este punto de vista, vislumbrar el futuro, la última década del siglo XX, por ejemplo, debería dejarnos sólo una impresión de perplejidad.

En el hecho, no vivenciamos el vértigo que podría infundirnos ese vacío porque, en cada acto de concretización vital, se va constituyendo el tiempo como prolongación de lo ya vivido, aliviándonos de la angustia de asumirlo como algo desconocido.

No creo, por tanto, que las utopías sean proyecciones hacia el futuro. Las entiendo, como lo dije, como modelos del futuro. Es por esto que anhelamos en ellas, de alguna manera, algo que representa cómo hubiéramos querido que fuera el pasado. Delatan, muchas veces, una crítica, ansiosa y dolorosa, de lo que ha sido la existencia.

Por ello afirmo que me resulta muy difícil pensar la vida sin modelos y utopías. Intentaré, algo más adelante, revisar la utopía que existe en el logro de una capacidad para estar solo, capacidad que siento amenazada por la expansión creciente del acontecer humano.

Cuando la atención está dirigida hacia un período como el fin de siglo, esta precisión, fin de siglo, me vuelca bruscamente hacia dimensiones en las que mi tiempo debería alcanzar un sentido trascendente. Nada cotidiano. Nada de mi reloj ni de mis planes diarios o semanales o mensuales. Me invade el sinsentido de tomar en cuenta el sentido de mi pertenencia a un Universo que se transforma, haciendo supuestamente historia. Surge una emoción de empujamiento ante la posibilidad de reflexionar como ciudadano del mundo. De acuerdo a lo que en alguna parte señala Bion, los seres humanos "creemos que no importa demasiado qué es el Universo".

Me pasa que una pregunta como la que nos convoca hoy me sorprende, dándome cuenta que cada día supongo que no importa demasiado lo que es el Universo, o lo que

es el siglo en el que transcurro. Estoy centrifugado hacia los objetos, hacia mis actividades diarias, hacia mis dimensiones individuales, con mis pequeños grupos de referencia, con mis sueños y mis realizaciones. Mi país, mi ciudad, algunos barrios por los que transito, los rincones de mi casa, de mis lugares de trabajo, el lugar donde duermo. Las noticias desde la televisión o los periódicos que me cuentan de los azares del planeta donde habito. Todo es cotidiano y esta cotidianidad a veces se parece a lo eterno.

El pensarlo así me hace recordar algo imaginado por Isaac Asimov, en su libro **Fundación**. Relata un diálogo sostenido entre un arqueólogo y su interlocutor, en una fecha ubicada en el fin del siglo 11.000. El arqueólogo afirma que Lameth, un investigador, se ha planteado "un nuevo y muy interesante punto de vista para ubicar el origen de la especie humana". Informa que "se cree que originariamente la raza humana sólo ocupaba un sistema planetario", sistema que nadie sabe con exactitud cuál es. Se ha perdido, dice, en la neblina de la antigüedad. En otro párrafo del diálogo, sugieren que este origen se dio en un planeta que parece haberse llamado Tierra, o algo así.

Tengo la impresión de que esta fantasía de la ciencia ficción da una imagen muy concreta de la crisis del Yo, como sede de la intimidad, en este indetenible evolucionar del Universo. La pérdida de la identidad del planeta Tierra es una extrapolación caricaturesca, en gran escala, de la pérdida de la persona. Hay un riesgo de que el fin, el final, aluda al final del Yo.

El oficio de analista es un oficio de intimidades, constituido por un afán de favorecer una mejor alianza entre el mundo interno y el externo para individualidades vivas que se asimilan y se acomodan a grupos, a sociedades, a calendarios, a tareas, a traslados cotidianos, a necesidades de subsistencia. El oficio de analista intenta que algunos puedan preservar su individualidad dentro de un tejido vertiginoso de acontecimientos, sin sacrificarla y sin excluirse de los demás.

No creo, por tanto, que las utopías sean proyecciones hacia el futuro. Las entiendo, como lo dije, como modelos del futuro. Es por esto que anhelamos en ellas, de alguna manera, algo que representa cómo hubiéramos querido que fuera el pasado. Delatan, muchas veces, una crítica, ansiosa y dolorosa, de lo que ha sido la existencia.

Winnicott se propuso, hace algunos años, un examen de "la capacidad individual para estar solo", y parte del supuesto de que esta capacidad constituye uno de los signos más importantes de madurez dentro del desarrollo emocional. Lo señala como un logro, casi una proeza. Sin duda Winnicott no está hablando de la tendencia al aislamiento. No está hablando del autoencapsulamiento narcisístico. El origen de esta capacidad lo sitúa en la experiencia vivida en la infancia y en la niñez de estar solo en presencia de la madre. Esta capacidad, entonces, se basa en una paradoja: estar a solas cuando otra persona se halla presente.

La utopía oculta más anhelada sea quizás esta necesidad de lograr la soledad en lo otro y con el otro. La soledad que esconde en su trasfondo la presencia simbólica de la madre.

El Fin de Siglo es desconocido, pero desde la extrapolación de nuestra historia, es una puerta abierta en la imaginación, a una proliferación de individuos de tal dimensión, que la amenaza es el deterioro de la capacidad para la soledad versus la imposición del aislamiento.

Algo de este aislamiento lo percibo, apareciendo como eventual destino de la humanidad, en una experiencia tenida hace algunos años. Visitando a un amigo en Utrecht, en Holanda, me invitó a recorrer lo que él



llamaba "las vitrinas de Utrecht"; es posible que en una alusión irónica a "las vitrinas de Amsterdam". Me hizo pasear cuerdas y cuerdas, mostrándome en una secuencia, increíblemente continua, la siguiente escena, repetida siempre, prácticamente igual: un ventanal amplio de un departamento habitacional, abierto, por obra de la tradición calvinista, a la mirada del transeúnte, tras el cual se veía un saloncito, perfectamente instalado, con muebles con aspecto de nuevos, un televisor prendido y un anciano o una anciana dormitando. A veces, en alguna de las escenas, alguien, atrás, apoyado en una mesa, escribiendo, o alguien desplazándose hacia el interior de alguna pieza. Obviamente esta escena no sólo se repetía en estos departamentos del primer piso, sino se multiplicaba en los pisos superiores.

Tradicionalmente, el anciano cumplía en la sociedad la función de contar la historia, de ser la memoria del grupo. En "las vitrinas de Utrecht" dormita frente a un televisor no mirado que alude, quizás, al transcurrir de una historia que enmudece paulatinamente. Sin historia somos seres desligados, deshila-

chados dentro de una sociedad que transmite la idea de ser una sumatoria de individuos regidos por leyes que pueden ir acercándose cada vez más a un encaje robótico de relaciones. El aislamiento se desata en proporción al desamarre de los hilos de la memoria. En la capacidad de estar solo, en cambio, tal como ha sido descrita, se da una posibilidad de contacto con una memoria que no se secuencia, sino que liga y unifica el presente con el pasado, una memoria que da sentido al habitual transcurrir cotidiano.

El oficio de psicoanalista persigue lograr, entre otras, capacidades como la de estar solo en compañía de otro. A los psicoanalistas los siglos nos quedan muy grandes. Esto, quizás, porque creemos que los seres humanos están sumidos en un despliegue espacial que atrae, como en una succión, la necesidad de desarrollar y poner en acción múltiples capacidades que descentran la intimidad en la manipulación de múltiples objetos, entre relaciones interpersonales que se multiplican en el actuar. Los psicoanalistas buscamos el conocimiento desde el centro de sí mismo, la legitimidad del silencio, la posibilidad de la conversación consigo mismo y con otros, otros que no sean muchos.

Es, en esta perspectiva, donde entiendo lo teatral.

El teatro tiene, para mí, una doble resonancia: por una parte, la Escuela de Teatro de la Universidad Católica, lugar de amistad y de reflexión, donde un grupo de personas

pensamos sobre lo que significa este arte y sobre las perspectivas que le aporta el psicoanálisis. Algo podemos lograr en esta reflexión. Pero yo alcanzo, de esta manera, una posibilidad de llegar a las salas de teatro precedido por un sentimiento de familiaridad, esperando el momento en que se apaguen las luces y aparezca la puesta en escena. La escena que, invariablemente, representará una versión de mi pertenencia a la Humanidad, esta anónima pertenencia a la Humanidad que alguien, un dramaturgo, uno o varios actores, un director, han recreado, por un rato, para cada uno de nosotros, los espectadores, marginados por un momento de este transcurrir secular que se escapa de la intimidad. Que se escapa en una vorágine, detenida transitoriamente por la memoria del teatro, favoreciendo mi capacidad de estar solo, como cuando estoy con mi pareja, con mi familia, cuando converso con mis amigos, cuando reflexiono con mis alumnos, cuando trabajo con mis analizados, solo, abstrayendo de mi identidad mi pertenencia a tantos, que por su crecimiento numérico, dejarían mi individualidad en una nada, en un hormigueo sistólico y diastólico de movimientos.

El teatro, en el fin de siglo (que no es más que un mismo derivar del tiempo, representacionalmente detenido por un número), nos permite rescatar esa posibilidad de estar solo, en medio de la Humanidad y junto a la Humanidad, en esa soledad que nos da nuestra condición humana.

EL TEATRO, EL TEMA Y LA METÁFORA*

DELFINA GUZMÁN

Actriz y directora

Teatro Ictus

Los actores hemos entendido muy mal, muy superficialmente, esto de estar solos. Hay un tránsito brutal entre las escuelas de teatro por las que algunos hemos pasado, donde hemos expresado las utopías de nues-

tra profesión, soñado con ese culto, ese rito, donde a diario —como aquí se ha hecho— lees, te haces cuestionamientos, te inquietas, te desasosiegas hasta la locura (lo que es una maravilla), y la realidad de nuestro oficio,